

VIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XXIII Jornadas de Investigación XII Encuentro de Investigadores en Psicología
del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos
Aires, 2016.

Objeto voz y posición del analista. Consideraciones sobre la anorexia.

Lutereau, Luciano.

Cita:

Lutereau, Luciano (2016). *Objeto voz y posición del analista. Consideraciones sobre la anorexia. VIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXIII Jornadas de Investigación XII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-044/771>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eATh/bor>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

OBJETO VOZ Y POSICIÓN DEL ANALISTA. CONSIDERACIONES SOBRE LA ANOREXIA

Lutereau, Luciano

Universidad de Buenos Aires. Argentina

RESUMEN

Este trabajo realiza un esclarecimiento del objeto voz en psicoanálisis, con el propósito de establecer su incidencia en la posición del analista. En vistas de pensar una intervención con casos de relativa dificultad para el inicio del tratamiento, como suelen ser algunos casos de anorexia (tomados como hilo conductor) en que la posición subjetiva es particularmente refractaria, se propone un uso de la voz solidario de la rectificación subjetiva. En la tercera parte del trabajo se discuten teorías contemporáneas sobre la anorexia. En las conclusiones se plantean perspectivas para futuros trabajos específicos.

Palabras clave

Psicoanálisis, Voz, Analista, Anorexia

ABSTRACT

VOICE AS AN OBJECT AND THE ANALYST'S POSITION. CONSIDERATIONS ABOUT ANOREXIA

This paper provides a clarification of the voice as an object in psychoanalysis, in order to establish its impact on the analyst's position. In view of thinking an intervention in cases of relative difficulty in the start of the treatment, as usually are some cases of anorexia (taken as a thread) in which the subjective position is particularly refractory, an use of the voice which enables subjective rectification is proposed. In the third part of the paper contemporary theories of anorexia are discussed. The conclusions posit prospects for future specific papers.

Key words

Psychoanalysis, Voice, Analyst, Anorexia

Este trabajo realiza un esclarecimiento del objeto voz en psicoanálisis, con el propósito de establecer su incidencia en la posición del analista. En vistas de pensar una intervención con casos de relativa dificultad para el inicio del tratamiento, como suelen ser algunos casos de anorexia (tomados como hilo conductor) en que la posición subjetiva es particularmente refractaria, se propone un uso de la voz solidario de la rectificación subjetiva. En la tercera parte del trabajo se discuten teorías contemporáneas sobre la anorexia. En las conclusiones se plantean perspectivas para futuros trabajos específicos.

El objeto voz

En una primera consideración, la dimensión de la voz se delimita cuando el significante no es únicamente atendible en función de su articulación —esto es, cuando se lo considera en términos de cadena—, sino a partir de su emisión y vocalización. De este modo, la voz se encuentra en un plano que no es el de las oposiciones fonemáticas —que funda el sistema de la lengua a partir de oposiciones significativas—. Su dimensión emisible tiene una materialidad dis-

tinta. No obstante, no se trata de entender este soporte material en términos empíricos —dado que reduciríamos la eficacia de la voz al hecho de que alguien “efectivamente” hable—, sino como condición de posibilidad de la articulación significante.

El aspecto que es preciso tener presente radica en que la materialidad del significante es estrictamente negativa y diferencial. Los seres hablantes no conversamos con significantes, sino con palabras, y es en la repetición que ciertas coordenadas del habla pueden adquirir un estatuto significante. Por lo tanto, la materialidad del significante escapa al sentido corriente de la “emisión”. Su posibilidad no se encuentra más que en el diferir mismo, en la constitución de una huella y la elisión de un origen preestablecido; pero, ¿cómo aprehender este diferir temporal en el caso de la voz? El desvío consistiría en creer que para acceder a la dimensión de la voz sería pertinente poner entre paréntesis la lógica de producción significante. En absoluto esto es así; sino que justamente el objeto voz —al igual que los otros objetos pulsionales— se realiza en el atravesamiento de la repetición que funda el significante, dado que es la forma en que el resto se constituye.

De este modo, si bien la voz es habitualmente considerada en función de motivos positivos: timbre, altura, vibración, resonancia, etc.; no obstante, este tipo de descripciones tiene un estatuto metafórico y no permite aprehender el punto capital en cuestión. Un pasaje que habría que esclarecer para dar cuenta de la función de la voz es el siguiente:

“Si la voz, en el sentido en que nosotros la entendemos, tiene importancia, es porque no resuena en ningún vacío espacial. La más simple inmisión de la voz en lo que se llama lingüísticamente su función fálica [...] resuena en un vacío que es el vacío del Otro en cuanto tal, el ex nihilo propiamente dicho. La voz responde a lo que se dice, pero no puede responder de ello. Dicho de otra manera, para que responda, debemos incorporar la voz como alteridad de lo que se dice.” (Lacan, 1962-63, 298)

Diferentes ideas se desprenden de esta apretada referencia. Por un lado, sólo metafóricamente puede hablarse de la voz en comparación con dispositivos sonoros (tubos, instrumentos, etc.), ya que las consideraciones espaciales —constantes en el campo de la mirada— no son un hilo conductor adecuado para cernir el estatuto del objeto invocante. Este vacío que no se recorta en el espacio —por ejemplo, como hueco— debe ser buscado en la estructura del decir, en la medida en que la voz implica su alteridad; pero no se trata aquí de un Otro del significante, sino de una dimensión del decir que produce un resto que el significante no puede capturar. Esta dimensión, eventualmente, suele escribirse con los puntos suspensivos, con un signo que demuestra que el decir se impone a lo dicho como excedencia. Por eso la voz responde a lo dicho, pero no responde de lo que se dice, al inmiscuirse como un vacío enunciativo —en el que muchas veces puede escucharse un signo del deseo—.

De este modo, el vacío que resuena en la voz es el vacío del Otro,

entendido este último como posición subjetiva que se determina más allá del sentido y, ocasionalmente, resignifica el decir. Este sujeto ya no es sólo el sujeto indeterminado del significante –dividido– sino un sujeto que –aunque también efectuado– se produce como deseante o, mejor dicho, se advierte transido de un deseo que resuena (más allá de lo que diga) y al que no puede dejar de responder.

En este punto, la voz permite poner en circuito la “falta en ser” a la que conduce la lógica del significante con un deseo que se constituye en una instancia de alteridad. Una manifestación empírica en la que se hace palpable este resto de la voz es el efecto de extrañeza que suele sobrevenir cuando alguien escucha una cinta en la que no se reconoce. De hecho, los niños suelen encontrar cierta satisfacción en grabarse y reírse de esta situación, al jugar también con micrófonos, al buscar emitir su voz a través de objetos cavernosos, etc. No se trataría en estos casos del remedo de conductas que suponen propias de los adultos –o una mera escenificación de personajes: el cantante, el periodista, etc.–, sino del testimonio de una mayor cercanía con la producción exterior del deseo, con la interpelación que la voz puede tener para el ser hablante, como lo demuestran también esos juegos en que los niños cambian bruscamente el tono de lo que dicen –en una suerte de exposición directa a la sorpresa en el advenimiento del deseo–.

Por otro lado, es enigmática la referencia a la incorporación en la última línea de la referencia mencionada. Si, como hemos dicho, la voz tiene función de soporte del deseo como deseo del Otro, ¿qué puede querer decir que se la deba incorporar? Para dar cuenta de este aspecto, es preciso comentar un segundo pasaje:

“Una voz, pues no se asimila, sino que se incorpora. Esto es lo que puede darle una función para modelar nuestro vacío. [...] Modela el lugar de nuestra angustia, pero observémoslo, sólo después de que el deseo del Otro ha adquirido forma de mandamiento.” (Lacan, 1962-63, 29)

He aquí una estructura en dos tiempos: una vez que el deseo del Otro adquirió la forma de mandamiento, luego puede ser motivo de angustia. En principio, respecto del carácter imperativo del deseo, ya hemos dicho que su retorno desde el exterior, como resto del decir, obliga a una respuesta. Por eso puede decirse que si la mirada tiene la forma de la “llamada”, la voz se manifiesta como “obediencia” –de acuerdo con la etimología de la palabra, en latín: oboedire; ob-audire; es decir, prestar oído–, al implicar la escucha de eso que se dice más allá del decir y, a su vez, lo fundamenta. No obstante, como hemos destacado, ese fundamento no debe ser concebido de un modo estático, sino retroactivamente. Por eso, antes que separar el decir y lo dicho, en una oposición binaria, o bien la enunciación y lo que se dice –el enunciado–, la condición de resto de la voz se aprehende en “lo que se da en el decir”, en su donación misma. Este resto modela el vacío de la falta en ser y, si puede ser también el lugar de la angustia, es porque reconocer una posición deseante suele ocasionar ciertos efectos de división, ya que pueden deshacerse muchos efectos pero no el de haber dicho una verdad que interpele al hablante.

Posición del analista

A partir de lo anterior, en vistas de pensar una intervención con casos de relativa dificultad para el inicio del tratamiento, como suelen ser algunos casos de anorexia en que la posición se cierra sobre sí misma, con la cifra de un goce que ni siquiera condesciende a instaurar una escena mostrativa, la maniobra fundamental radicaría

en restituir el poder de la palabra, es decir, poner en acto el carácter de pérdida de goce que instituye el hecho mismo de hablar.

No se trataría, por esta vía, de pensar una sanción de la relación de desafío con el Otro (vertientes del acting out), del uso del Otro que se hace en función de la provocación, sino de instalar en el dispositivo al alteridad misma del lenguaje, su negatividad intrínseca, su potencia como vehículo de la voz. Formas empíricas –y extraviadas– de plantear este recorrido podrían resumirse en todas esas intervenciones que proponen: “¿Qué pensás de eso?”, “¿Qué se te ocurre con lo que decís?”, “¿Con que relacionarías lo que te pasa?”, intervenciones sugestivas que fuerzan la puesta en marcha del tratamiento a partir de creer que la lógica de la Otra escena se sostiene en hablar de otra cosa, de vincularlo con alguna escena infantil, etc., cuando se trataría mucho más de conseguir la tensión de un decir que importe, que pueda ser tomado en serio, justamente porque puede ser perdido. Por eso tampoco se trata de entender esa “seriedad” como una responsabilización (o, mejor dicho, culpabilización) encubierta.

Si en algo consiste la invitación analítica es a descubrir la “irresponsabilidad” capital del lenguaje, ese punto en que puede decirse algo más que aquello que esperaba decirse, su condición de vehículo de “sorpresas”. Por eso, antes que una maniobra específica para la anorexia, quizá debería reconocerse que este modo de presentación requiere un mayor énfasis en las intervenciones iniciales de puesta en forma del tratamiento, ahí donde la división subjetiva aún no se consigue y, por lo tanto, mucho menos tiene sentido interrogar por la escena del deseo antes de haber generado la superficie discursiva que, por sí misma, se pregunte por la relación con el Otro.

De este modo, la táctica de la intervención –ordenada de acuerdo con la política del análisis, que avanza desde la división subjetiva hacia la pregunta por el deseo– no plantea la inquietud de una “especialidad” (en el sentido de una “clínica de la anorexia”), sino por los modos radicales de puesta en forma discursiva que haga que el fenómeno –o la posición de objeto– pueda ceder a la tentación de la palabra. Se habla para que la voz deje de ser un objeto parasitario, y se constituya como causa de la división subjetiva; o, en otros términos, para que el ser hablante se presente como un goce puesto en palabras. Por último, tampoco se trataría de forzar equívocos o “juegos de palabras” –cuyos efectos de sentido muchas veces quedan a la cuenta del fantasma del analista–, porque escuchar, en la medida en que quiere decir “obedecer” o “prestar oído”, implica producir un discurso que contenga el vacío de su resonancia como condición intrínseca; sólo a partir de una reducción del dispositivo a una variante psicológica y personalista (al creer que el paciente habla y el analista escucha, como si el psicoanálisis pudiera ser formalizado en términos de la teoría de la comunicación) puede pensarse que la posición del analista es meramente receptiva o que la escucha no es también “palabra proferida”.

En definitiva, se escucha “lo que se da a decir” en lo dicho, y este es un efecto discursivo que muchas veces llama la atención del analizante antes que al analista (y que en un análisis ya en marcha se verifica en preguntas del estilo: “¿Escuchaste lo que acabo de decir?”, como una indicación indirecta de ese punto en que la palabra misma produce sus condiciones para ser oída) porque un discurso de este orden se fundamenta en una palabra que incluya su propia interpelación. Se trata de pasar del vacío que se muestra al vacío de la resonancia enunciativa y esta es la operación capital del comienzo de todo análisis. Ahora bien, en función del ejemplo considerado y propuesto, de acuerdo con las particularidades clínicas de presentación de una anorexia “indomable”, ¿cómo pensar

la consecución de ese vacío? Este es el punto en que tratar de precisar la táctica mucho más podría dar lugar a la exposición de una "receta".

En todo caso, preferimos mencionar la circunstancia de una situación clínica en que una muchacha que cumplía con estos motivos, se presentó un día a la consulta con un cuaderno en el que decía escribir mientras esperaba el momento de su sesión. Cuando se le preguntó qué escribía, ella respondió: "Mis pensamientos, las cosas que tengo que hacer, los mails que después voy a enviar..." —punto en el que se verificaba el carácter controlado y defensivo de su relación con la escritura—. Le pregunté a qué llamaba pensar, porque por lo que decía daba la impresión de que esa actividad se resumía en planificar lo que debía hacer después. En ese punto, ella respondió: "Yo nunca pienso otra cosa sino en la próxima acción". "Eso es como decir que siempre estás en otro lado y que la acción, para vos, se aplaza todo el tiempo". "Te diría que sí". El único aspecto que debería añadirse es que, en un psicoanálisis, para afirmar "te diría" es preciso "haberlo dicho". Entre una cosa y otra, se recorta el espacio del acto de decir, ese espacio vacío que abre la voz cuando se pierde.

Polémica

A continuación, nos detendremos en tres consideraciones puntuales, con el objetivo de instaurar una polémica para retomar en futuros trabajos: por un lado, discutiremos la formalización del discurso bulímico-anoréxico que, hace unos años, propusiera Recalcati; por otro lado, resumiremos la vía argumentativa que aquí hemos elegido para cernir estos fenómenos; por último, volveremos sobre la idea anticipada en el apartado anterior de que plantear una clínica del fenómeno no implica proponer una clínica de la especialidad sino una aproximación que radicaliza los principios fundamentales de la praxis psicoanalítica para la puesta en marcha del dispositivo de la cura. Vayamos al primero de los puntos.

En su famoso libro *La última cena: anorexia y bulimia*, Recalcati propone la idea de una "formalización del discurso anoréxico-bulímico" (Recalcati, 1997, 143). De acuerdo con esta intención, se plantea un esquema lógico de dos tiempos que parte de un dominio anoréxico del Ideal, cuyo contrapunto es que el elemento pulsional no puede ser domeñado. Sin embargo, esta singularidad plantea un segundo tiempo, que implica lo que Recalcati llama "capitulación bulímica" (Recalcati, 1997, 144): la pulsión supera al Ideal. El punto de llegada se resume en los siguientes términos: "En este sentido, sobre todo en el modo fuera-discurso del acting out, la crisis bulímica puede hacer síntoma, allí donde separa la pulsión del Ideal, haciendo signo, no de una enfermedad del apetito, sino de la división del sujeto." (Recalcati, 1997, 145)

Esta conclusión es por demás interesante; no obstante, evidencia una serie de solapamientos: A) Por un lado, no es del todo acertado clínicamente plantear que la bulimia sea una suerte de "reverso" de la anorexia y mucho menos proponer que la aparición de episodios bulímicos sea una suerte de "histerización" de la anorexia, o bien que ese pasaje sería propicio para la localización de la división subjetiva. B) Por otro lado, la utilización de la noción de "discurso" en este contexto parece algo holgada y poco precisa; mucho más acertado es que Recalcati ubique que tanto la anorexia como la bulimia no son tanto "enfermedades del apetito" sino posiciones subjetivas.

Luego de estas dos consideraciones puede retomarse el segundo de los puntos indicados más arriba, ya que es un acierto de Recalcati haber propuesto el acting out como hilo conductor para comenzar a operacionalizar la bulimia y la anorexia como posiciones del ser hablante, como un modo de rechazar la división subjetiva y la

afección por el inconsciente. No obstante, tomar ese hilo conductor conlleva revertir la posibilidad de pensar ambos fenómenos como dos caras de la misma moneda, sino que se trataría de dos formas distintas de mostrar el vacío. Para precisar este punto, es preciso añadir un elemento más: esclarecer la noción de acting out dándole todo su alcance, para advertir su diversidad clínica.

El punto en que el planteo de Recalcati no se resuelve a este respecto se sostiene en que si bien sostiene que anorexia y bulimia no son enfermedades del apetito, mantiene su desarrollo en la próxima del objeto-comida, asociado a la pulsión oral, mientras que en este trabajo hemos propuesto otra vía operativa: el objeto voz para despegar, en última instancia, una lógica de la intervención.

A partir de los resultados obtenidos en este recorrido, proponemos la siguiente elaboración esquemática: la anorexia puede presentarse a través de una doble vía: como una forma de acting out que, a través de una provocación, deja plantado al Otro en una negativa que apunta a conservar el deseo: así, junto al factor mostrativo, se acentúa el carácter correctivo; o bien, como segunda vía, en los términos de un rechazo que reniega del Otro no en función de lo que podría darse (o recibirse) sino como forma discursiva: es el lenguaje como instancia de alteridad lo que se pone en cuestión.

Conclusiones

En términos generales, hemos propuesto un desarrollo y esclarecimiento del fenómeno anoréxico a partir del operador clínico de la "posición subjetiva", que permite ir más allá de la consideración de la presencia-ausencia de síntoma, sino que orienta la cura en función de la sintomatización a través de la implicación con la palabra y de la división subjetiva como hecho de discurso. Ahora bien, si aquello que no se dice no tiene más remedio que mostrarse, ¿quiere decir esto que habría una "clínica del fenómeno" que podría plantearse como "especialidad" o que requiriese términos y conceptos específicos?

Para dar cuenta de esta intención, por ejemplo, se ha hablado de "clínica del estrago" u otras variantes que pretenden cernir una singularidad novedosa para pensar lo actual. Sin embargo, en el desarrollo de este trabajo puede reconocerse la siguiente intención inversa —o, mejor dicho, subversiva—: la "actualidad" del psicoanálisis está en aquello que implica poner en acto el dispositivo; es decir, si hemos pensado estos fenómenos clínicos a partir de la lógica de los operadores clínicos fundamentales del psicoanálisis (como el de "rectificación subjetiva"), prestando especial atención a los modos de intervención del analista y a su posición, es para concluir que estas formaciones invitan a pensar las condiciones de la oferta del análisis pero no una nueva versión del mismo.

En todo caso, se trata de fenómenos que orientan hacia variantes de la cura en las que debe pensarse con mayor énfasis en qué consiste el pasaje desde la mostración hacia el decir del discurso analizante. Dicho de otra manera, antes que una "clínica del fenómeno" hablamos aquí de fenómenos que permiten poner de manifiesto las condiciones estructurales de la praxis psicoanalítica —que en casos de neurosis "habituales" suelen pasar desapercibidas—. De este modo, antes que "cuadros" o "patologías" —que llevarían a reintroducir en el psicoanálisis una perspectiva psiquiátrica que sería mejor desterrar—, la bulimia y la anorexia interesan por aquello que pueden enseñar al psicoanálisis para pensarse como dispositivo a partir de sus operaciones iniciales.

Por lo tanto, no se trata de pensar una cura específica y adaptada para la bulimia y la anorexia, sino de plantear el modo en que el psicoanálisis puede responder a estas formas de padecimiento a

través de orientarlas hacia la única brújula segura que conoce: el síntoma, ese nombre de la división subjetiva que importa, fundamentalmente, por ser también un nombre del deseo.

BIBLIOGRAFÍA

Lacan, J. (1962-63) El seminario 10: La angustia, Buenos Aires, Paidós, 2007.
Recalcati, M. (1997) La última cena: Anorexia y bulimia, Buenos Aires, Del Cifrado.